

Programa de temas de equipo – Caná 2010-2011

Tema general: Los misterios de la vida de Jesús

¿De dónde procede la belleza y el sabor de los frutos de un árbol? ¿De dónde su firmeza cuando arrecia el temporal? Convocándonos para la Jornada Mundial de la Juventud de Madrid 2011, Benedicto XVI nos ha invitado a considerar la solidez de las raíces que sostienen nuestra familia y la hacen fecunda. “*Arraigados y edificados en Cristo, firmes en la fe*” (cf. Col 2, 7). Para comprender el misterio del árbol, no basta considerar la textura de sus hojas y la disposición de sus ramas: es preciso conocer sus raíces, su profundidad. Podemos fiarnos de la solidez de una casa cuando sabemos de sus cimientos o de la sabiduría del que la construyó.

Y ¿cuál es la fuente de fecundidad en nuestra vida? ¿Cuál su raigambre? Salvo en algunas plantas singulares, las raíces no se ven. Están vivas, pero se ocultan bajo la tierra. Es indudable que están ahí, pero no es posible sacarlas a la luz. ¿Cómo conocer entonces el Misterio que da solidez y fruto a nuestra familia y a nuestro matrimonio?

“Lo que existía desde el principio, lo que hemos oído, lo que hemos visto con nuestros ojos, lo que hemos contemplado y lo que hemos tocado con nuestras manos acerca de la Palabra de Vida, es lo que os anunciamos. Porque la Vida se hizo visible, y nosotros la hemos visto y somos testigos” (1 Jn 1, 1-3). El testimonio de san Juan nos ofrece una primera respuesta. Hubo un momento de la historia en el que “la Vida se hizo visible”. Existía oculta desde el principio, como un secreto bien guardado, como la raíz que alimenta el árbol. Pero una tarde, a orillas del Jordán, los ojos de Juan la contemplaron; sus oídos escucharon la palabra de la Vida.

Vamos, pues, a la raíz; vamos a Cristo. Es un misterio que se puede ver, oír y tocar con las manos porque *la Vida se ha hecho visible*. Fiel al testimonio de san Juan, el Papa nos invita a conocer a Jesucristo y a reconocerlo como Aquel que nos cimienta y afianza, la raíz que hace posible que nuestra familia dé fruto.

Para conocerlo, nos dice Juan, debemos acudir a los ojos, oídos y manos de los testigos que lo vieron, lo oyeron y lo tocaron. *La Vida se ha hecho visible* como nosotros, es decir, viendo, oyendo y tocando: construyendo una historia. En Jesús, Dios se ha adecuado a nuestra capacidad de ver, oír y tocar. El Misterio de su amor se nos revela ahora en los misterios de la historia de Jesús: en una biografía.

El Misterio en los misterios. Al adaptarse a nuestra visión, Dios manifiesta su paciencia con nosotros, su disponibilidad a caminar a nuestro ritmo. Por eso, para conocer la historia de Jesús, no procederemos como el leñador que, tras abatir el árbol, se detiene a observar los anillos del tocón y distingue en ellos, de inmediato, los años de sequía y los de lluvia generosa. No pretendemos conocer a Jesucristo en un instante. La teología de los misterios es siempre “teología de la paciencia”: misterio a misterio; paso a paso, como quien se adentra paulatinamente en el corazón del Amigo.

Esta aventura por la vida de Cristo nos llevará todavía más lejos. Recorriendo su biografía, veremos que Jesús se presenta como el Hijo de Dios. Nuestra Raíz, Aquel que nos da solidez, está a su vez arraigado en otro, en el Padre. Vamos, por tanto, a Cristo, vamos al Padre de quien procede todo don en el cielo y en la tierra.

Conocer las raíces de un árbol es una labor compleja. Podemos tratar de excavar la tierra alrededor del tronco e ir profundizando. El esfuerzo será inmenso y

el fruto ínfimo. Descubriremos solo “ramas enterradas” de distintos tamaños. No entenderemos cómo algo de aspecto tan feo y oscuro puede generar colores y vida. Y al mismo tiempo habremos acabado con la vida del árbol.

Solo podemos conocer las raíces desde dentro, es decir, acompañando a la savia en su descenso a la fuente. Solo así se comprende el significado de ese entramado, de esa red que sostiene el árbol. Es este el itinerario que nos proponemos para este año: penetrar en la vida de Cristo y recorrer su camino desde el interior, es decir, con los ojos de María, que lo conservó todo en su corazón.

Necesariamente, nuestro recorrido será limitado e incompleto, como un aperitivo. Todas las acciones de Jesucristo poseían una densidad especial: desvelaban una dimensión del Misterio de Dios. Pero como sucede en nuestra vida, también la suya conoció momentos de especial significado. A lo largo de este año nos detendremos en aquellos misterios en los que, de un modo singular, Jesús nos revela el Misterio del Padre. Conoceremos así, más profundamente, a Aquel que da sabor a nuestros frutos y solidez al árbol de nuestra familia.

Plan anual

Octubre	El Misterio en los misterios. La Encarnación
Noviembre	La infancia y la vida oculta de Jesús
Diciembre	El Bautismo de Jesús
Enero	La Predicación de Jesús – Los milagros
Febrero	La Transfiguración
Marzo	La oración de Jesús en Getsemaní
Abril	La Pasión y muerte en la Cruz
Mayo	La Resurrección de Jesús
Junio	La Ascensión - Pentecostés

Bibliografía recomendada

J. RATZINGER- BENEDICTO XVI, *Jesús de Nazaret*, La esfera de los libros, Madrid 2007.

J. GRANADOS, *Teología de los misterios de la vida de Jesús. Ensayo de Cristología soteriológica*, Sígueme, Salamanca 2009.

Pueden enviarse comentarios y sugerencias respecto a los temas de equipo a:
consiliario@familiasdebetania.org

La Encarnación del Hijo de Dios

Tres son, nos dice san Ignacio de Antioquía, “los misterios sonoros que fueron realizados en el silencio de Dios” y que “al príncipe de este mundo le han sido ocultados: la virginidad de María, su alumbramiento y la muerte del Señor” (*Carta a los efesios 19,1*). En medio del silencio, Dios se encarna. Al crear el mundo, Dios “habló y todo fue hecho”. Ahora, nos dice Ignacio, al enviar su Palabra, Dios calla. Pues “más vale callar y ser que hablar y no ser” (*Carta a los efesios 15, 1*). Se suele explicar la etimología de la palabra “misterio” a partir del verbo griego *muein*, que significa “juntar los labios, callar”. Ante el misterio de los misterios, todos callan.

En el silencio, Dios sale de sí

Este silencio no es sólo divino, sino también de toda la creación, que admirada ante este misterio, no sabe articular palabra. Se asombra ante lo inefable: Dios ha salido de sí. Ha enviado a su Hijo al mundo. No ya como en el Antiguo Testamento, cuando conversaba con Moisés y manifestaba su misericordia y fidelidad. Viene ahora en la humildad de nuestra carne.

Y ¿para qué se acerca a nosotros? ¿Qué viene a buscar al mundo? No le mueve, claro está, necesidad alguna. Pero sí un gran deseo. “Por nosotros los hombres y por nuestra salvación”. Así lo expresamos al proclamar nuestra fe. El Credo nos confirma el fin de su descenso: para salvarnos. Esto pasa, claro está, por el rescate del dominio del pecado que, desde Adán, nos esclaviza. Pero “nuestra salvación” contiene algo todavía más grande. Si Dios “sale de sí” no es sólo para que regresemos al Principio, al Paraíso de Adán y Eva. Además de curar nuestra herida, su venida nos da una salud nueva, una vida nueva en el Espíritu.

El silencio en el que Dios se encarna manifiesta un paso adelante respecto a la Creación. Entre los recién casados abundan (por lo general) las palabras de cariño. Suele suceder que, cuando el tiempo madura ese amor, se crea una intimidad en la que la mera presencia del otro es ya elocuente. Algo semejante nos descubre la Encarnación. Tras crear al hombre y poner el universo en sus manos por medio de la palabra, Dios nos abre ahora su intimidad y se revela a sí mismo “en el silencio”.

En el Principio, el Creador puso el universo en las manos del hombre. Ahora, en este nuevo Principio, el Redentor *se pone* en las manos del hombre, se confía a ellas. El gran deseo de Dios, “nuestra salvación”, manifiesta algo nuevo respecto a la Creación. San Ignacio de Antioquía lo condensa diciendo que Dios se manifestó hecho hombre “para una novedad de vida eterna. Así, lo que había sido preparado por Dios se comenzó a realizar” (*Carta a los Efesios*). Los Padres de la Iglesia acuñaron la fórmula de ese admirable intercambio en el que “Dios se hace hombre para que el hombre se haga dios” (*San León Magno*). Dios se revela y se nos confía porque desea nuestra divinización: quiere que lleguemos a ser como Él, participando de Su vida.

El misterio del origen

Y ¿quién es el que viene a salvarnos? Quienes escuchaban la predicación de Jesús y contemplaban sus obras, nada sabían de ese silencio en el que Dios había descendido. Veían, sin embargo, y palpaban sus obras magníficas. De ahí surgía la pregunta: ¿No es este Jesús, el de Nazaret? Pero ¿saldrá de allí algo bueno? Para descubrir su identidad, aquellos hombres buscaban el origen de Jesús: ¿de dónde

viene? Pero la aldea de Nazaret les decía poco. No sabían, es verdad, de Belén y del nacimiento milagroso, pero lo cierto es que fue Nazaret el lugar del descenso de Dios.

La Encarnación es el misterio del origen de Jesús. Para comenzar a intuir su identidad, es preciso formular bien la pregunta. *¿De dónde viene Jesús?*, es decir, *¿de quién viene?* Cuando preguntamos a un niño de una familia conocida quién es, su nombre nos dice bien poco. Sabemos más si el chico nos dice que es “*el hijo de Isabel y Gabriel*” que si nos da su nombre. En los pueblos de Polonia, los niños revelan su identidad de un modo todavía más significativo. Al preguntarles *¿Quién eres? ¿Cómo te llamas?*, el chaval responde con su índice, señalando el hogar de su familia.

¿Y de dónde, es decir, *de quién* procede Jesús de Nazaret? En Jesús se revela el misterio de una doble procedencia: es hijo del Padre e hijo de María. Sus dos naturalezas, humana y divina, manifiestan este doble origen: es Hijo de Dios desde toda la eternidad e “hijo de hombre” (hijo de María) desde su Encarnación.

Para entender esta doble raíz de Jesús, la presencia de la Virgen María nos da una luz singular. “El Espíritu Santo vendrá sobre ti y el poder del Altísimo te cubrirá con su sombra. Por eso el que va a nacer será santo y se llamará hijo de Dios” (Lc 1, 35). María es madre virginal y madre de Dios. No conoció varón. Por medio de Ella, Jesús comparte nuestra humanidad, es de nuestro linaje. De su madre recibe su cuerpo y, por así decir, todo su ADN.

La maternidad milagrosa aparece en el Antiguo Testamento como un signo de la gracia divina. El nacimiento de Isaac (Gn 18), el de Samuel (1 Sam 1-3) y Sansón (Jue 13), entre otros, nos revelan la acción de Dios, para quien nada hay imposible. La esterilidad o la ancianidad, como en el caso de Isabel, no son capaces de detener la acción divina.

También en María se manifiesta esta omnipotencia divina. Pero en su maternidad virginal se nos revela algo más profundo. María no conoció varón: Jesús no nació, como nacemos nosotros, como fruto de la unión amorosa de nuestros padres. Para explicar su presencia en el mundo, necesitamos que se nos revele la clave de su misterio: el Padre.

Fue san Juan quien mejor percibió esta insistencia del Maestro: Jesús ha salido de Dios y de Él viene. No viene por sí mismo, sino que es el Padre quien lo ha enviado (cfr. Jn 8, 42). Por eso, Jesús no hace nada por sí mismo, sino que dice aquello que el Padre le enseñó (cfr. Jn 8, 28). En definitiva, enviado por el Padre que tiene Vida, Jesús vive por el Padre (cfr. Jn 6, 57).

De esta forma, la presencia de María no nos revela “solamente” la perfecta humanidad de Jesús y el modo extraordinario de su concepción. Por ser virginal, su maternidad indica el misterioso origen de Jesús. En aquella que es Virgen y Madre se nos revela la presencia del Padre. De esta manera, María anticipa, en cierto modo la misión de su Hijo, que ha venido a revelar el amor del Padre, la Raíz de todo bien. O mejor, podemos decir, que ya en el vientre de su Madre, un Cristo “diminuto”, todavía embrión, comienza a testimoniar el gran amor de Aquel que lo ha enviado al mundo.

El Hijo de Dios se hizo carne

Al considerar el doble origen de Jesús, surge casi naturalmente la pregunta por su unidad. ¿Cómo puede ser uno quien tiene dos naturalezas? ¿Cómo puede ser Dios quien es hombre? Si Dios es espíritu, ¿puede tener un cuerpo ‘de carne y hueso’?

El problema de la unión depende de los dos extremos que haya que explicar. Unir el hielo con las brasas se antoja tan imposible como ser al mismo tiempo del Real Madrid y del Barcelona. ¿Es esta la relación que existe entre la divinidad y la humanidad? ¿Son realidades contradictorias?

Superada la tentación de la metáfora o de la apariencia (Cristo era Dios o era hombre, *en cierto modo*, es decir, aparentemente), la solución pasa por entender quién es el Hijo de Dios y qué es el cuerpo.

Como hemos visto, el Hijo nos remite totalmente al Padre. Todo lo recibe de Él (cfr. Jn 16, 15). Su alimento es cumplir su voluntad. Por eso, el que lo ha enviado, es decir, el Padre, siempre está con Él. Nunca lo abandona (cfr. Jn 8, 29). Podemos decir que el Hijo es Dios desde la eternidad en cuanto lo recibe todo de su Padre. Su divinidad pasa por su apertura al Padre, por la acogida permanente de su voluntad.

¿Y qué nos descubre el cuerpo? Toda nuestra relación con el mundo está mediada por nuestro cuerpo. Solemos pensar en él como en una posesión o un instrumento de nuestro espíritu. En realidad, el cuerpo no es *algo* que tenemos sino la condición de toda otra posesión. Sin él nada puedo hacer. Por mucho que lo pretenda, no puedo separarme ni por un instante de él (hasta que la muerte nos separe). En el cuerpo vivo mi apertura a la realidad y en él acojo el mundo dentro de mí. De esta manera, el cuerpo es signo de la apertura y de la recepción de cuanto me rodea. En cierto modo, podemos decir que no *tenemos* un cuerpo, sino que *somos* nuestro cuerpo.

Al mismo tiempo, el cuerpo nos recuerda nuestro origen, nuestra filiación. El parecido en el rostro o en la estatura, por ejemplo, nos “delata” como hijos de nuestros padres. El cuerpo mismo, además, lleva en sí una señal indeleble de la procedencia: el ombligo. Lo que solemos definir como “mirarse el ombligo” es precisamente lo contrario de lo que nos revela este sello materno. El mismo Cristo, en todo semejante a nosotros, lleva en su carne la “cicatriz” de su estrechísimo vínculo con María. También él, el Hijo de Dios, posee ombligo, testimonio permanente de filiación y gratitud.

¿Cuál es entonces, la relación entre el Hijo de Dios y el cuerpo que asume? Sin entrar carácter misterioso de su unión, podemos ya intuir la sabiduría divina. Si el cuerpo señala nuestra procedencia y dependencia de otros y nuestra apertura al mundo, quien se encarna es precisamente el Hijo de Dios, es decir, Aquel que todo lo recibe del Padre y que vive en apertura permanente a su querer. Entre la filiación divina y nuestra corporalidad podemos descubrir una misteriosa correspondencia.

La carta a los hebreos ilumina esta relación al describir el momento de la Encarnación: “Por eso, al entrar en este mundo, [Cristo] dice: No quisiste sacrificio y oblación; pero me has formado un cuerpo. Holocaustos y sacrificios por el pecado no te agradaron. Entonces dije: ¡He aquí que vengo [...] a hacer, oh Dios, tu voluntad!” (*Hb* 10, 5-7; *Sal* 40, 7-9 [LXX]). Por medio de María, el Padre ha preparado un cuerpo para su Hijo. Y este se le presenta como el *lugar* donde cumplir la voluntad del Padre, es decir, como el mejor aliado para manifestar el amor divino. Al mismo

tiempo, la presencia del Hijo en la carne, permite que el significado inscrito en el cuerpo alcance su plena expresión.

Esta correspondencia entre la carne y el Hijo de Dios arroja luz sobre el *para qué* de la Encarnación. Revelar el rostro del Padre supone al mismo tiempo manifestarnos que somos hijos y procedemos continuamente del amor del Padre. Así lo explicaba el joven Karol Wojtyła: “Después de un largo tiempo he llegado a comprender que no quieres que yo sea padre a menos que llegue a ser hijo. Para eso vino tu Hijo al mundo: Él es enteramente tuyo” (*Rayos de paternidad*).

El misterio de la unión

La rica correspondencia entre la carne y el Hijo de Dios no elimina, sin embargo, la maravilla ante el misterio de la unión de Jesucristo: en Él se une el cielo y la tierra, el Invisible y lo visible, el Inmortal y lo mortal, el Eterno y lo temporal... Una gota de aceite se disuelve en el océano, como un grano de arena en la playa o una aguja en el pajar. Y la diferencia entre Dios y el hombre es mucho mayor. Y sin embargo, las dos naturalezas de Cristo se conservan íntegras, “sin mezcla ni cambio, sin división ni confusión” antes y después de la unión (Concilio de Calcedonia, 451). Por supuesto, esta permanencia no sitúa a las dos naturalezas en paralelo, como si estuvieran al mismo nivel: la diferencia se conserva siempre en la única persona divina.

Esta unión entre lo humano y lo divino en Cristo se caracteriza, por tanto, por su delicadeza, que es la “virtud” del Espíritu Santo. Dios es tan potente que es capaz de respetar lo pequeño. Para salvarnos, Dios salva otras dos cosas: su distancia infinita respecto a nosotros y la diferencia, respetando todo lo humano. Dios no avasalla. Salvar es también salvaguardar.

El misterio del destino

Una unión tan respetuosa nos indica que todo lo que es verdaderamente humano está presente en Jesús. El Hijo de Dios asume un cuerpo y un alma humanos, una “carne animada y racional”. No se trata de un cuerpo inerte ni de una marioneta puesta en manos divinas. Verdaderamente hombre, Jesús posee una actividad y una voluntad humanas (junto a su actividad y voluntad divinas), es decir, está llamado al crecimiento y al aprendizaje. Al igual que la unión, esta será la obra del Espíritu.

De este modo, Nazaret no es punto de llegada sino de partida. Si a María, Gabriel la puso enseguida en camino, también el Hijo de Dios, al encarnarse, comienza también su andadura en el cuerpo. Se trata de una unión que inaugura un itinerario: el de los Misterios de su vida. Por eso, aunque la Encarnación sea el misterio que funda la vida de Jesús, esta no se agota en él. Al contrario, el de Nazaret es el acontecimiento que hace posible toda otra novedad en su caminar por el mundo.

Esta novedad pasará ahora por medio del tiempo y del espacio: exigirá caminar. Los pies de Jesús nos descubren la humildad de Dios al encarnarse. Al descender a la tierra, se ha puesto a andar por ella, para que sigamos sus huellas. Si el ombligo manifestaba el origen de Jesús, los pies nos hablan de su destino.

Hay un destino para Jesucristo porque la unión del Hijo de Dios con la carne es irreversible. No habrá marcha atrás: es para siempre. Sólo durante tres días en el

sepulcro esperará su carne la respuesta del Padre, la resurrección de entre los muertos. Dios ha venido para quedarse.

El misterio de la familia

¿Cómo ilumina este Misterio nuestra vida familiar?

Lo primero y más claro es la señal que recibieron los pastores: un niño en brazos de su madre. Nada más natural y más sobrenatural. Dios viene en una familia. Ese es el signo. Su acción, por tanto, no se reduce al ámbito espiritual, invisible e interior. La realidad es que Dios obra en el mundo: en la carne, en lo de cada día.

De esta manera, por medio de una familia, Dios se ha acercado al hombre. Ha entrado en el tiempo y en el espacio y ha experimentado lo que significa ser temporal. En Jesús se nos descubre, por tanto, que Dios tiene tiempo para nosotros: lo ha recibido para dedicárnoslo. Si ha venido “por nosotros, los hombres”, es porque le interesamos.

Este interés indica que Dios no solo viene por medio de *una* familia, sino que desea seguir viniendo a nuestras familias. Este misterio del descenso de Dios se prolonga en nosotros por medio del Bautismo. El Concilio Vaticano II (*Gaudium et Spes*, 22) nos dice a este respecto que, “por su Encarnación, Dios se ha unido en cierto modo a todo hombre” y, podríamos añadir ahora, a toda familia.

La liturgia de Navidad nos regala unas palabras de san León Magno que condensan bien esta realidad: “Reconoce, cristiano, tu dignidad y, ya que has sido hecho partícipe de la naturaleza divina, no pienses en volver con un comportamiento indigno a las antiguas vilezas. Piensa de qué cabeza y de qué cuerpo eres miembro” (*Homilía I sobre la Natividad*, 13 PL 54, 190-193).

Esta nueva dignidad del cristiano se nos revela ahora en nuestro cuerpo. “Por el hecho de que la Palabra de Dios se ha hecho carne, el cuerpo ha entrado en la teología, es decir, en la ciencia que tiene por objeto la divinidad, por la puerta grande” (Juan Pablo II, Audiencia general, 2 de abril de 1980). Al encarnarse, “Cristo ha inscrito en el cuerpo humano (en el cuerpo de todo hombre y de toda mujer) una nueva dignidad”. Por eso, a nadie le debe sorprender que la teología se ocupe también (y de modo especial) del cuerpo.

De esta manera, la Encarnación transforma nuestra manera de mirar el cuerpo humano. “En Jesucristo, el cuerpo humano se ha convertido en el cuerpo del Dios-hombre”. Esto tiene como consecuencia “una nueva elevación sobrenatural en todo ser humano, que todo cristiano debe considerar en su comportamiento hacia ‘su propio’ cuerpo y, claro está, hacia el cuerpo del otro: del hombre hacia la mujer y de la mujer hacia el hombre”. Se trata de una “nueva medida de la santidad del cuerpo” (Juan Pablo II, Audiencia general, 11 de febrero de 1981).

El misterio en la liturgia

La Iglesia celebra la Encarnación a lo largo de todo el año y bajo la guía de María. Nueve meses antes de Navidad, la solemnidad de la Anunciación del Señor (25 de marzo) nos pone ante los ojos el descenso de Dios y la respuesta dócil de María. Pocos meses más tarde celebramos la Visitación a santa Isabel (31 de mayo) y el nacimiento de san Juan Bautista (24 de junio), tal y como había anunciado el ángel.

Finalmente, la Encarnación se hace visible y palpable en el misterio de la Navidad. La liturgia de Adviento nos prepara poniendo en nuestras bocas la súplica del profeta Isaías: “*Rorate caeli desuper, et nubes pluant iustum. Aperiatur terra, et germinet Salvatorem*”. Cielos, destilad de lo alto, y que las nubes lluevan al justo; que se abra la tierra y germine al Salvador (Is 45, 8). Nuestra petición es doble: que desde lo alto se envíe el rocío y que la tierra acoja su venida. Pedimos al Padre que nos bendiga con su Hijo y a María que apresure su Sí. En ella, la semilla enviada de lo alto ha encontrado una tierra “abierta”, acogedora: un huerto cuidado.

La preparación inmediata a la Navidad, la liturgia nos invita a penetrar en el corazón de María. En la octava previa al 25 de diciembre, las antífonas de Vísperas nos describen la identidad de Aquel que viene: “Oh Sabiduría, oh Adonai, oh Raíz de Jesé, oh Llave de David...”. Se nos introduce, por así decir, en el asombro creciente de María ante el crecimiento de Dios en su seno. María nos enseña, así a contemplar admirados este misterio sonoro, realizado en el silencio de Dios”.

Preguntas para el diálogo

1. ¿Qué significa para Dios asumir una carne, entrar en el tiempo? ¿Qué nos revela este misterio sobre el ser de Dios y su relación con nosotros?
2. En Belén se cumple la profecía de Isaías: “Un niño nos ha nacido. Un hijo se nos ha dado” (Is 9, 6). ¿De qué forma la Encarnación ilumina el sentido de nuestro cuerpo? ¿Qué significa “reconocerse como hijos”?
3. El futuro de la humanidad, nos ha dicho Juan Pablo II, pasa por la familia. ¿Qué luz nos ofrece la Venida de Dios a la Sagrada Familia?
4. Dios desea realizar en nosotros los misterios que ha realizado en su Hijo. ¿Cuál es el papel del Espíritu Santo en el nacimiento de Jesús y en nuestro nacimiento bautismal?